



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 5 DE MAYO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La nostalgia aborda

EL ANCIANO DE MIS SUEÑOS
OLGA DE LEÓN G.

Cada noche era un sueño diferente. Entre los personajes siempre aparecía yo y el anciano desconocido cuyo rostro no se distinguía del todo: cabellera no muy corta, abundante y más gris que negra. No puedo hablar de su estatura, pues creo que nunca lo vi de pie, estaba sentado en algún taburete o deambulando por la habitación como si flotara o se cambiara de un lugar o mueble sin hacer ruido y sin que pudiera percibirlo anticipadamente, nunca me asustó, porque yo estaba acostumbrada a su presencia entre fantástica y real; lo cual no me cuestioné jamás: entendía que él estaba en mi mente y que yo estaba soñando: eso creí, entonces. Era más bien callado, solo hablaba cuando algo surgía que lo hacía decir algunas palabras significativas y como sacadas de algún libro famoso o una especie de sentencia que provenía de su propia cosecha.

Y yo no era muy distinta en personalidad al anciano. Me le parecía en lo cuidadoso para moverme y hablar. Había aprendido en los dos años y medio que tenía de conocerlo, lo que me decía: "más aprende quien observa y habla o razona consigo misma, que quien parlotea y pretende decirnos a todos, qué hacer con nuestra vida y qué no".

Cierto, así era yo antes. Un personaje que pretende ayudar a todos a mejorar su léxico y sus relaciones, sin que me pidieran consejo sobre ello... Pero, yo se los daba a diestra y siniestra, como si tuviera una varita mágica que me permitiera cambiar el mundo, cambiándole las expectativas y sus comportamientos a todos a mi alrededor: Era yo, un fastidio de mujer sabelotodo; pero, a decir verdad, bastante sencilla y amigable, por eso me escuchaban. A pesar de que, en realidad, sabía tan poco.

Esa noche, la noche de anteaño, cuyo sueño quiero contarles para que no se vaya a convertir en realidad, el viejo no apareció desde que caí en el ambiente de la somnolencia, y no aparecía ya avanzada mi fantástica historia, que no dejé de inquietarme por largos minutos, pues la realidad no se vislumbraba por ningún lado: todo era nebulosidad, falta de viento, nada de estrellas ni cielo; solo oscuridad y silencio.

Tampoco había más personajes que yo y los que mi imaginación fue llevando al interior del cuarto donde suelo dormir: todos muertos hacía años, pero que se movían y hablaban como si siguieran con vida, como si no supieran que ya estaban muertos... y, algunas de las mujeres eran tan hermosas como vanidosas, procurando no mostrar su envidia por la suerte de las otras. Pero, si se portaban filosas y destilaban ponzoña: "Ximena, ¿cuándo volverás a Europa?", y la pobre aludida, que jamás había salido del país, contestó: "A lo mejor la próxima primavera... Y, ¿tú?".

Pues sí, con tres de esas "amigas" lidié en mi sueño de antier; pero solo por un momento, y sin que yo interviniera. Las dejé hablar y hablar, hasta que se fastidiaron de su propia conversación. También, esto me lo enseñó el



anciano de mis sueños: "A palabras necias, oídos sordos". Los personajes se fueron diluyendo a falta de viento propicio y ambiente ad hoc para sus conversaciones. Entonces fue cuando apareció de nuevo en este sueño, el anciano de cabellera gris, recogida hacia atrás en una coleta.

"Me ha gustado mucho convivir contigo", me dijo, mientras daba algunas vueltas en la habitación. "A mí también", le contesté no sin cierta temblorina en mi voz, pues empezaba a adivinar de quién se trataba... Y con mayor razón, no deseaba ser descortés ni parecer mal educada.

Me preguntó, como siempre sin movimiento en sus labios y sin sonido en el ambiente, pero yo lo escuché claramente, qué había sucedido en los días que no nos vimos (ni en sueños ni despierta). "Nada", le contesté, también en silencio, solo con el pensamiento. "Todo en paz y...", "Sí, dime, cómo va la salud de tu marido". "Estable, sin cambio para atrás, al contrario, lentamente y ligero, va mejorando..." En ese instante decidí atreverme a mostrar mi corazón, y le pregunté: "No has venido por él, ¿verdad?". "No", me contestó. "He venido por conocerte a ti". Ya eran muchos sueños, mucha ficción y nada de realidad. Me ha gustado tanto lo que viví contigo, que te visitaré mucho más seguido.

Temblé de cabeza a pies; escondí detrás de la cintura mis manos y apreté una contra otra. Solo alcancé a balbucear: "más o menos, ¿cuándo volverás?". "No lo sé con certeza, tal vez en un lustro o en una década..."

"Podría ser, ¿dentro de una década más un lustro?", me atreví a sugerirle. "Tengo tantas cosas pendientes, tanto por hacer aún. Más ahora que de ti he aprendido el valor de la vida y el tiempo". La cercanía de la muerte nos enseña eso y mucho más...

Apenas terminé de expresarme y la luz y el día entraron por las ventanas de la recámara y me ubicaron en la realidad...

FIESTA DE INDEPENDENCIA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Busqué en mi maletín gris y tampoco estaba ahí. Llevaba días hurgando: debajo de la cama, en los cajones, en el baño, entre los discos compactos, en los libreros... en fin, hasta en la chimenea. Mi pasaporte no aparecía. Para poder entrar a cualquier bar, me iban a pedir una identificación que mostrara que tenía al menos 21 años. Por ley, en el área de San Francisco, si aparentas tener 27 años o menos, el bar está obligado a pedirte que te identifiques como mayor de edad. A los 21 es la edad a la que uno puede acceder a las cosas más importantes en esta vida. No antes, aunque en México la mayoría de edad se alcanza a los 18. En realidad, la eternidad de juventud solo es accesible hasta los 21.

A los pocos días de búsqueda infructuosa, comprendí que estaba en un problema serio. En el pasaporte se encontraba estampada mi visa americana como estudiante extranjero. Sabía que, cuando se extravía la visa de turista, no puede remplazarse. Hay que iniciar el procedimiento de nueva cuenta. ¿Cuánto tiempo tardaría eso? ¿El suficiente para salir de Estados Unidos y regresar sin perder mis clases y becas? El embrollo crecía día a día en mi cabeza. ¿Era ese el fin de mis estudios doctorales, luego de haber invertido tres años en ellos?

Una semana antes había sido 04 de julio y Rocío y yo habíamos ido a celebrar el día de la Independencia Norteamericana a casa de Bryan, con Susan y sus niñas, en su hogar frente al mar. También estuvieron lo abuelos, quienes habían escapado del verano en Florida. Al caer la tarde, Bryan propuso

que fuéramos al muelle y subiéramos a su pequeño yate, recién adquirido, para meternos un poco al mar y desde ahí, ver los juegos artificiales por la noche. Yo llevaba mi cámara: una réflex con lente zoom de bajo costo, que giraba de angular a telefoto. Recostado sobre la cubierta del barco, disparé dos rollos de película, ISO 800, con el fotómetro sobre expuesto dos valores. Sin flash: de nada serviría este para dispararle al cielo iluminado por fuegos artificiales.

Cargamos con una hielera de cervezas al yate. Debí haber terminado un poco noqueado, porque recuerdo estar bajando del barco, de regreso en el muelle... Y lo siguiente: amanecer junto a Rocío en nuestra recámara asignada en casa de Bryan y Susan.

¿Había cargado con el pasaporte ese fin de semana? ¿Se me habría caído al mar? Me trasladé a New Brighton en transporte público, desde el jueves. Llevaba mi mochila en la espalda y una copia del número más reciente de la revista Playboy. Intentaba entender los artículos de opinión sobre política estadounidense; pero nunca los comprendía: el inglés elocuente era complicado y no serían jamás los temas de mi vida; menos la política internacional ni los conflictos: los detestaba.

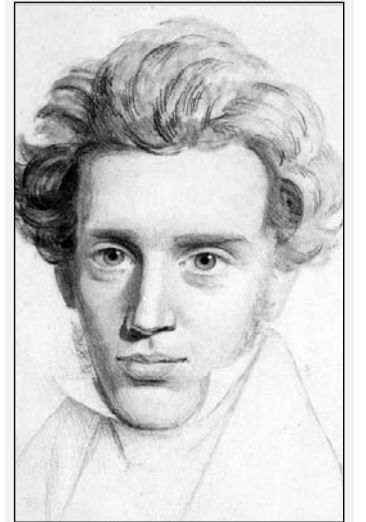
Así es que definitivamente había cargado con el pasaporte, porque ese jueves, como todos los jueves que visitaba a Rocío en casa de Bryan y Susan, llevaba el pasaporte porque por la noche iríamos a algún bar. El viernes sería día de estar en la casa, frente al mar, tomando fotografías de los pájaros y las olas, mientras que el sábado sería la fiesta del día de la Independencia. ¡Cuánto me había costado semejante festejo y por tal motivo! ¿Había ganado yo la independencia? Más bien la había perdido... regresaría de Stanford sin mi doctorado.

Esos estudios eran para mí: el evento más importante que pudiera imaginar en mi vida: la culminación de una búsqueda que dura una corta vida. Lo que equivaldría, para la humanidad, al evento más importante desde la creación de Adán y Eva: el dominio sobre la muerte. Lo que descubrió Jesús y por lo que entregó su vida. El secreto. El jardín. El paraíso suvado. El agua gratuita de la vida (1 Pedro 2: 1-3).

Hay una diferencia entre algo que se acerca y algo que, en cambio, llega. Uno se acerca para luego irse; el otro se queda. El Jardín de las Delicias de El Bosco: para algunos, la revelación pictórica más importante de la historia de la humanidad. Diferenciado de La Mona Lisa, de Leonardo da Vinci: revelación de la trampa más importante para el hombre; pero, también, porque es retrato fiel de la única hija que Dios tuvo en el mundo de las divinidades. Falta revelar al hijo.

Los dos cuadros: ambrosía del genio plástico.

A los pocos días, la abuela llamó a mi departamento para decir que había ido a limpiar el yate de Bryan y en el piso del baño, encontró el pasaporte, cubierto por agua de mar. Estaba a salvo. Y yo: más sabio sobre la vida.



Søren Kierkegaard

Søren Kierkegaard nació el 5 de mayo de 1813 en Copenhague, Dinamarca.

Hijo de Ane Sørensdatter Lundy Mikael Pedersen Kierkegaard, un rico comerciante y estricto luterano.

Cursó estudios de teología y filosofía en la Universidad de Copenhague. En la universidad abandonó el protestantismo luterano para entregarse a una extravagante vida social.

Tras la muerte de su padre en 1838, reemprendió sus estudios teológicos.

Durante 1840 se prometió con Regine Olson, aunque su incapacidad para aceptar el vínculo hizo que rompieran. Tras escribirle vibrantes cartas de amor, Søren se comprometió a desposarse con ella. Pero unas semanas antes del matrimonio rompió la relación. Kierkegaard siguió amando hasta el final de sus días a Regine, que nunca le perdonó el desaire. El suceso fue muy significativo para él y aludió al mismo repetidas veces en sus libros.

La herencia recibida de su padre le permitió dedicarse por completo al pensamiento filosófico.

Su trabajo poco sistemático reúne ensayos, aforismos, parábolas, cartas ficticias, diarios y otras modalidades literarias. Al principio publicaba casi todos sus ensayos bajo seudónimos.

Realizó una filosofía existencialista, ya que la consideraba como una expresión de la vida individual examinada con intensidad y no como la construcción de un sistema monolítico a la manera del filósofo alemán del siglo XIX Georg Wilhelm Friedrich Hegel, cuyo trabajo criticó en Notas concluyentes no científicas (1846).

Kierkegaard señalaba que el hombre tiene que elegir entre el estado de insensatez estética, en el que disfruta de los placeres de la existencia, y el estado de lucidez ética. Sostenía que la filosofía sistemática no sólo impone una falsa perspectiva de la existencia humana, sino que también se convierte en una manera de evitar la responsabilidad.

Creía que los individuos crean su propia naturaleza a través de su elección, que ha de hacerse sin el peso de normas universales y objetivas. En O lo uno o lo otro (1843), expone dos esferas o ámbitos de existencia entre las que podía escoger el individuo: la estética y la ética.

La vía estética de la vida es un hedonismo refinado, que consiste en una búsqueda del placer y el cultivo de la apariencia y las formalidades. El individuo busca así la variedad y la novedad en un esfuerzo por evitar el aburrimiento, pero al fin tiene que enfrentarse a éste y a la desesperación. El camino de la vida ética implica un intenso y apasionado compromiso con el deber y con obligaciones sociales.

En los últimos años de su vida tuvo algún que otro altercado con la Iglesia luterana danesa. Sus últimos trabajos, como La enfermedad mortal (1849), reflejan una idea cada vez más pesimista del cristianismo que enfatiza el sufrimiento como esencia de la verdadera fe.

Kierkegaard falleció el 11 de noviembre de 1855 en Copenhague.

ad pedem literae

La gente exige la libertad de expresión como una compensación por la libertad de pensamiento, que rara vez utilizan

Sören Aabye Kierkegaard

Letras de buen humor

Si realmente el periodo de noviazgo es el más bello de todos, ¿por qué se casan los hombres?

Sören Aabye Kierkegaard

Mónica Lavín

Sin Auster

Cuando murió Chéjov, su esposa, la actriz Olga Kniper, pasó toda la noche junto al cuerpo de su marido, en silencio con su muerte y reverenciando su vida hasta que a la mañana siguiente dio a conocer la noticia. Esto lo sabemos por el diario de la viuda, que Raymond Carver consultó para escribir el cuento homenaje "Tres rosas amarillas". La esposa de Paul Auster, la escritora Siri Hustvedt, lamenta con dolor el arrebato de la noticia que debió haber dado ella al mundo, pues sin siquiera haber procesado la muerte de su amigo, amante, colega como ella misma refiere la calidad de su relación marital, la palabra había salido inexplicablemente de la habitación llena de libros donde el imprescindible escritor Paul Auster murió el 30 de abril, después de intentar vencer un cáncer de pulmón y de escribir sus últimas palabras temblorosas en una carta a su nieto nacido en enero de este año.

Cuando fallece una figura pública, una figura que mira el mundo con palabras y que nos hace habitar espacios geográficos como Manhattan o Brooklyn —colocada en el mapa literario por él—, además de los espacios de la mente y la emoción de sus personajes, se nos muere a todos. Conoció a Paul Auster leyendo La invención de la soledad. (Aunque por poco lo conozco en persona cuando fue invitado a una comida a la SOGEM en

tiempos de Víctor Hugo Rascón Banda, pero se había sentido mal y fue precisamente su esposa Siri quien lo disculpó y habló frente a un grupo de escritores.) Pero uno conoce a los escritores o siente cercanía con ellos por la complicidad que proponen en la lectura de sus libros. Un lazo de palabras se funda, y cuando es con buenaventura, uno olfatea y busca la siguiente experiencia lectora. Surge el deseo de su cercanía por los mundos que imagina y la estética que propone.

Rastreo en los estantes de mi librero los títulos de Paul Auster; no haber leído todos es quizás una fortuna porque me seguiré sorprendiendo, aunque un escritor que amas invita a la relectura, o al encuentro de los subrayados en los libros donde dejamos también un pedazo nuestro mientras nos tomaban y conjugaban el tiempo de escritura del autor con el tiempo de lectura en nuestra vida... y lo seguirán haciendo aunque el escritor ya no esté, y ya no nos pueda sorprender con una nueva búsqueda. Con esa manera tan original en que La trilogía de Nueva York nos confundía en los laberintos de la investigación, la ciudad y el autor donde detective y autor son indistintos. Brooklyn Follies me puso en el pellejo de los peregrinajes de un jubilado estadounidense donde persiste una sensación de nostalgia, de algo perdido. Esa nostalgia es parte de sus escritos. Me topo con



Viajes por el Scriptorium, una propuesta experimental como la observación que se hace al hombre encerrado que no tiene memoria y que es preciso que bautice los objetos que lo rodean con tarjetones de palabras. Quietud, asepsia, desmemoria, nos recuerdan que no somos nada sin la palabra. Y si no vieron la película Smoke, que dirige Wayne Wang, búsquenla

porque todo surge del "Cuento de Navidad de Auggie Wren", que publica Auster en el New York Times. Siri Hustvedt dijo que ella y él eran primeros lectores mutuos que compartían el proceso de escritura, imagino el tajo enorme de la escritora ahora sin su interlocutor más íntimo y necesario. Y la abrazo, y nos abrazo.